

Mario, casi sin tomar aliento, continuó hablando con creciente entusiasmo:

—Seamos justos. ¡Brillante destino de un pueblo es ser imperio de semejante emperador, cuando ese pueblo se llama Francia y se asocia su génio al génio del gran hombre! Aparecer y reinar, combatir y triunfar, tener por etapas las capitales, hacer reyes de sus granaderos, decretar caídas de dinastías, transfigurar la Europa á paso de carga; hacer sentir, cuando amenaza, que pone la mano en el puño de la espada de Dios; ver en un solo hombre á Aníbal, á César y á Carlo-Magno; ser el pueblo del héroe que anuncia todas las auroras la noticia de una brillante victoria; tener por despertador el cañon de los Inválidos; arrojar en abismos de luz palabras prodigiosas que resplandecen eternamente; Marengo, Arcole, Austerlitz, Jena, Wagram; hacer brillar á cada instante en el zenit de los siglos constelaciones de victorias; dar al imperio francés el imperio romano por contrapeso; ser la gran nacion y producir el gran ejército; hacer volar sus legiones por todos los pueblos, así como una montaña envía sus águilas á todas partes; vencer, dominar, fulminar; apoderarse del mundo dos veces, una por conquista y otra por deslumbramiento; ¡esto es magnífico, sublime! ¿Qué es lo que encontráis superior á esto?

—Ser libres, contestó lacónicamente Combeferre.

Mario á su vez inclinó también la cabeza. La palabra anterior, pronunciada sencillamente y con frialdad, atravesó como una lámina de acero su épica efusion y la hizo desvanecerse. Cuando levantó la vista Combeferre ya no estaba en la sala. Satisfecho probablemente de la réplica que dió á la apoteosis, se marchó, y todos, escepto Enjolras, le habian seguido. La sala estaba vacía. Enjolras, que se quedó solo con Mario, le miraba con fijeza. Mario ordenó un poco sus ideas y no se creyó derrotado. Quedaba en él un resto de entusiasmo que iba acaso á traducirse en silogismos desplegados contra Enjolras, cuando oyó cantar en la escalera á alguien que se retiraba: era Combeferre. Hé aquí lo que cantaba:

*Si César, Soliera
la victoria
que yo consintiera
en dejar á mi madre por la gloria,
contestaría á Augusto:
Cede tu cetro á quien mejor te cuadre;
no es eso de mi gusto,
que prefiero quedarme con mi madre.*

El acento tierno y severo con que entonaba Combeferre la anterior cancion la dotaba de extraña grandeza. Pensativo Mario, mirando al techo, repitió casi maquinalmente: Mi madre!

En seguida le tocó en el hombro la mano de Enjolras; éste le dijo:

—Ciudadano; mi madre es la República.

VI.

Res augusta.

La reunion de aquella noche produjo en Mario conmocion profunda y llenó su alma de triste oscuridad. Experimentó lo que tal vez experimenta la tierra en el instante en que el hierro abre su seno para depositar en ella el grano de trigo, esto es, solo siente la herida; el movimiento del germen y el placer del fruto vienen despues.

Mario se quedó sombrío. ¿Debia rechazar la fé que acababa de abrazar? Se contestó que no, se aseguró á sí mismo que no debia dudar; pero, sin embargo, á pesar suyo, dudaba, y es insoponible vivir entre dos regiones, sin haber dejado la una ni haber profanado la otra. El crepúsculo solo conviene á los murciélagos. Mario tenia las pupilas abiertas y necesitaba la verdadera luz.

La claridad media de la duda le hacia padecer. A pesar de los deseos que tenia de permanecer donde estaba, se veia obligado irresistiblemente á avanzar, á examinar, á ir más adelante. ¿A dónde le iba á llevar este impulso? Temia que despues de dar tantos pasos para aproximarse á su padre, tener que dar otros muchos para alejarse de él. Sus reflexiones aumentaban su malestar. Todo lo veia escarpado á su alrededor. No estaba de acuerdo ni con su abuelo ni con sus amigos; era temerario para aquel y retrógrado para éstos; se vió, pues, aislado de la vejez y de la juventud. Desde entonces dejó de ir al café Musain.

La turbacion de su conciencia le permitia pensar apenas en algunos detalles muy serios de la vida; pero como las realidades de ésta se imponen, le acometieron bruscamente.

Una mañana entró en su cuarto el dueño de la fonda y le dijo:

—El señor Courfeyrac me respondió de vos.

—Sí, le contestó Mario.

—Pero necesito dinero.

—Pues llamad al señor Courfeyrac,

que tengo que hablarle, le replicó Mario. Entró Courfeyrac y salió del cuarto el dueño de la fonda. Mario confesó á aquel lo que no se habia atrevido á decirle aun, que estaba solo en el mundo, que no tenia padre ni madre.

—Y qué vais á hacer? le preguntó Courfeyrac.

—No lo sé, le respondió Mario.

—Teneis dinero?

—Quince francos.

—Quereis que os preste?

—No; eso no.

—Teneis mucha ropa?

—Poca.

—Y alhajas.

—Un reloj.

—De plata?

—No, de oro. Vedle.

—Sé de un prendero que os comprará una levita y un pantalon.

—Bien.

—No os quedará ya más que un pantalon, un chaleco, un sombrero y un frac.

—Y las botas.

—No ireis descalzo? Qué opulencia!

—Me conformaré.

—Sé de un relojero que os comprará el reloj.

—Bien.

—Bien, pero... qué hareis despues?

—Lo que sea preciso. Todo lo que no deshonne.

—Sabeis el inglés?

—No.

—Y el alemán?

—Tampoco.

—Tanto peor.

—Por qué?

—Porque está publicando una Enciclopedia un librero amigo mio, y podríais traducir para dicha publicacion artículos alemanes ó ingleses. Paga mal, pero con lo que dá se puede vivir.

—Aprenderé el inglés y el alemán.

—Y entre tanto?

—Me comeré la ropa y el reloj.

Llamaron al prendero y compró el traje por veinte francos, y vendieron el reloj por cuarenta y cinco.

—No hemos salido mal, decia Mario á Courfeyrac al entrar de regreso en la fonda; llevo á juntar ochenta francos.

—Teneis que pagar al dueño de la fonda.

—Es verdad, lo olvidaba, dijo Mario.

Pagó la cuenta en seguida; ascendia á setenta francos.

—Solo me quedan ya diez francos, exclamó Mario.

TOMO II.

Entretanto, la señorita Gillenormand, que era bastante buena en el fondo para las ocasiones apuradas, concluyó por averiguar el domicilio de su sobrino Mario; y una mañana, cuando éste volvia de cátedra, se encontró con una carta de su tia y con *setenta pistolas*; es decir, con los seiscientos francos en oro en una cajita cerrada, que dispuso su abuelo que le pasasen de pension.

Mario devolvió á su tia los treinta lises, acompañándolos de respetuosa carta, en la que aseguraba que tenia medios de subsistencia que bastaban para cubrir sus necesidades. Al escribir esta carta le quedaban tres francos.

La tia nada de esto dijo al señor Gillenormand, por miedo de exasperarle mucho; además de que la habia prohibido que le hablase de *ese bebedor de sangre*.

Mario salió de la fonda de la puerta de Santiago porque no queria contraer deudas.

LIBRO QUINTO

Excelencia de la desgracia.

I.

Mario indigente.

La vida empezó á ser difícil para Mario. Despues de comerse la ropa y el reloj, se vió reducido á la horrible situacion de tener que *comerse los codos*; esto es, á pasar los dias sin tener pan, las noches sin sueño y sin luz, el hogar sin fuego, las semanas sin trabajo y el porvenir sin esperanza: tener la levita rota por los codos, el sombrero tan viejo que hacia reir á las jovencuelas; encontrar cerrada la puerta de noche porque no se paga á la patrona, sufrir las insolencias del portero y del bodegonero, la burla de los vecinos y las humillaciones; ver la dignidad ultrajada, aceptar el trabajo de cualquier clase, sufrir disgustos, amarguras y abatimientos. Mario llegó á esa deplorable situacion. En los momentos de la existencia en los que el hombre necesita el orgullo, porque necesita amor, se vió burlado, porque iba mal vestido, y ridículo, porque era pobre. En la edad en que la juventud inflama el cerazon con imperial altivez, contempló más de una vez sus botas

agujereadas, y conoció la injusta vergüenza y el punzante bochorno de la miseria; la miseria, que es la prueba terrible y admirable, de la que los débiles salen infames y los fuertes sublimes, que es el crisol donde el destino arroja al hombre cuando quiere convertirle en ser despreciable ó en semi-dios.

Se ejecutan grandes acciones en esas pequeñas luchas. Hay bravuras tercas é ignoradas que se defienden palmo á palmo en la oscuridad contra la fatal invasion de las necesidades y de la ignominia; hay nobles y misteriosos triunfos que nadie presencia, á los que no indemniza ninguna clase de fama, ni los saluda ninguna clase de aplausos. La vida, la desgracia, el aislamiento, el abandono y la pobreza son campos de batalla que tienen sus héroes, héroes desconocidos, pero superiores á veces á los héroes ilustres.

Hay naturalezas firmes y raras que así se han formado; pues la miseria, que es casi siempre madrastra, es madre algunas veces; la desnudez engendra en algunas ocasiones el vigor del alma y el del talento; la miseria amamanta la altivez; la desgracia suele ser alimento nutritivo para los seres magnánimos.

Hubo una época en la vida de Mario en la que él mismo barria su cuarto miserable, en la que iba á comprar á la tienda un pedazo de queso, en la que esperaba que anocheiese para entrar en la panadería y comprar una libreta de pan, que se llevaba furtiva y recelosamente á su buhardilla, como si la hubiera robado. Alguna vez se deslizaba en la carnicería de la esquina por entre cocineras parlanchinas que le codeaban, desmañado, con los libros bajo el brazo, tímido y furioso al mismo tiempo; al entrar se quitaba el sombrero, saludando á la carnicera, sorprendida; pedia despues una chuleta de carnero, la pagaba, la envolvía en un papel, se la colocaba debajo del brazo, entre dos libros, y huía de allí corriendo.

Con aquella chuleta vivía Mario tres días; el primero se comía la carne magra, el segundo se bebía el caldo y el tercero roía el hueso.

En varias ocasiones su tia Gillenormand probó á enviarle los sesenta doblones; pero Mario se los devolvió siempre, diciendo que no los necesitaba.

Vestia aun de luto por la muerte de su padre, cuando se verificó en él la revolucion que más atrás hemos descrito; desde entonces no abandonó el traje negro,

pero el traje negro le abandonó á él. Llegó un día en que le fué inservible el frac, pero que aun podia gastar el pantalón. Entonces Courfeyrac, á cambio de algunos favores que recibió de Mario, le regaló un frac usado. Mario lo hizo volver del revés y se encontró con un frac nuevo. Pero como era verde, Mario no salía de casa hasta el anochecer y de ese modo el frac parecía negro. Mario deseaba no quitarse el luto y así lo conseguía hasta cierto punto.

Pasando por tantas privaciones llegó á tomar el grado y á recibirse de abogado. Hacia creer que vivía en casa de Courfeyrac, cuyo aspecto era decente, en la que cierto número de obras antiguas de jurisprudencia y algunas novelas incompletas figuraban la biblioteca que exigían los reglamentos. Tambien se hacia dirigir las cartas á casa de Courfeyrac. Cuando se licenció Mario, se lo participó á su abuelo por medio de una carta ceremoniosa que respiraba sumision y respeto. El señor Gillenormand tomó la carta temblando, la leyó y luego la hizo pedazos y la arrojó al cesto. Dos ó tres días despues la señorita Gillenormand oyó á su padre, que estaba solo en su cuarto, hablar en voz alta, cosa que le sucedia cuando estaba muy agitado; el anciano decia:—Si no fuese imbécil, sabría que no se puede ser al mismo tiempo baron y abogado.

II.

Mario pobre.

Sucede con la miseria como con todo: llega á hacerse posible; concluye por tomar una forma y por arreglarse. Se vejeta, es decir, se desarrolla de un modo mezquino, pero suficiente para vivir. Hé aquí cómo Mario se arregló la vida.

Salió de la gran estrechura; el desfilaro se ensanchó un poco ante él. A fuerza de mucho trabajo, de valor, de perseverancia y de voluntad, consiguió ganar setecientos francos cada año. Había aprendido el alemán y el inglés, y por recomendacion de su amigo Courfeyrac, el librero que publicaba la *Enciclopedia* utilizó sus servicios, traduciendo artículos de dichas lenguas. Además escribía prospectos, ponía notas, compilaba biografías, etc., etc., que le producian al año setecientos francos como acabamos de decir. Con esto vivía. Cómo? No muy mal. Vamos á decirlo.

Mario ocupaba en el caseron Gorbeau,

mediante el precio anual de treinta francos, un chiribitil sin chimenea, llamado gabinete, que solo tenia los muebles indispensables. Estos muebles eran suyos. Daba tres francos cada mes á la vieja por que le barriera el cuarto y por que le subiese por la mañana agua caliente, un huevo fresco y un panecillo. Con el pan y el huevo se desayunaba. El almuerzo le costaba de tres y medio á seis cuartos, segun los huevos estaban baratos ó caros. A las seis de la tarde iba á comer al restaurant Rousseau. No comia sopa; tomaba una racion de carne, media de legumbres y un postre, pan y agua á discrecion y no bebía vino. Cuando pagaba en el mostrador, en el que se sentaba majestuosamente la señora Rousseau, que era una mujer gruesa y fresca, daba al mozo insignificante propina y la señora Rousseau le regalaba una sonrisa.

Así, pues, almorzando por cinco cuartos y medio y comiendo por veinticuatro, gastaba en alimentarse unos treinta diariamente, lo que le sumaba al año trescientos sesenta y cinco francos. Añadiendo á estos los treinta francos de alquiler del cuarto y los treinta y seis que daba á la vieja, y algunos otros gastos, resultaba que Mario por cuatrocientos cincuenta francos tenia casa, comida y servicio. En vestir gastaba cien francos, en ropa blanca cincuenta, con la lavandera cincuenta; total de gastos, seiscientos cincuenta francos. Aun le quedaban cincuenta.

Era rico, hasta el punto de prestar alguna vez diez francos á un amigo. Courfeyrac le tomó un día á préstamo sesenta francos.

Mario tenia siempre dos trajes completos; uno usado para diario y otro nuevo para las ocasiones: los dos eran negros. No tenia más que tres camisas; una puesta, otra en la cómoda y otra en casa de la lavandera; las renovaba á medida que se iban gastando, y como casi siempre estaban rotas, se veía obligado á ir abrochado hasta la barba.

Para llegar Mario á esta situacion floreciente necesitó pasar algunos años, años rudos y difíciles de atravesar, pero su fortaleza no decayó ni un solo día. Todo lo sufrió, todo lo hizo, menos contraer deudas. Nunca debió á nadie ni la más exigua cantidad, porque creía que la deuda era el principio de la esclavitud, y se decia á sí mismo que un acreedor es peor que un señor, porque el señor solo posee la persona del esclavo, pero el acreedor posee tambien su dignidad y

puede abofetearla. Prefería no comer á pedir prestado, y así lo tuvo que hacer algunas veces. Conociendo que los extremos se tocan y que si no estamos apercebidos la baja de la fortuna puede conducirnos á la bajeza del alma, vigilaba celosamente su altivez.

Tal fórmula ó tal acto, que en otra ocasion le hubieran parecido deferencias, le parecian entonces rebajamientos y erguía la frente. No se arriesgaba porque no queria retroceder. En su fisonomía se reflejaba una especie de pudor severo. Era tímido hasta llegar á ser áspero.

En todas sus pruebas le animaba y á veces le impulsaba fuerza secreta que nacia de su interior.

El alma ayuda al cuerpo y hay momentos en que le sirve de apoyo. El alma es el único pájaro que sostiene su jaula.

Mario habia grabado en su corazon, al lado del nombre de su padre, el de Thenardier. El jóven abogado, entusiasta y grave á la par, rodeaba de cierta aureola al hombre á quien creia deber la vida de su padre, al intrépido sargento que salvó la vida del coronel entre las balas y la metralla de Waterlloo. Nunca separaba el recuerdo de éste del de su padre y los asociaba en su veneracion. Les profesaba un culto de dos grados: el altar mayor era para el coronel y el pequeño para el sargento. Renovaba la ternura de su reconocimiento la idea del infortunio en que creia caido y abismado á Thenardier, pues supo en Montfermeil la quiebra y la ruina del infeliz posadero.

Desde entonces hizo esfuerzos inauditos para descubrir sus huellas y llegar hasta el tenebroso abismo de la miseria en que aquel habia desaparecido.

Mario recorrió toda la comarca; fué á Chelles, á Bondy, á Gournay, á Nogent, á Lagny; le estuvo buscando por espacio de tres años y gastó en exploraciones el poco dinero que podia ahorrar. Nadie le pudo dar noticias de Thenardier; creíase que se habia ido al extranjero. Sus acreedores tambien le habian buscado, con menos cariño, pero con tanto teson como Mario, y no le pudieron encontrar. Mario se reprendía y se acusaba á sí mismo de la inutilidad de sus investigaciones, porque esta era la única deuda que le habia dejado el coronel, y creia que era honra suya pagarla. Mario por encontrarle hubiera dado un brazo y toda su sangre por sacarle de la miseria. Encontrarle, hacerle el favor que pudiese, diciéndole: "No me conoceis, pero yo os

conozco y podeis disponer de mí,, era el anhelado y magnífico deseo de Mario.

III.

Mario crece.

En esta época Mario había cumplido veinte años: hacia ya tres que estaba separado de su abuelo. Ambos continuaban lo mismo; esto es, sin aproximarse ni verse. Verse era inútil, porque tenían que chocar. Ninguno de los dos hubiera dado la razón al otro. Mario era el vaso de bronce, pero el señor Gillenormand era la olla de hierro.

Debemos decir aquí que Mario se había equivocado respecto al corazón de su abuelo. Estaba creído de que su abuelo nunca le quiso y que el vejete vivo, duro y risueño, que juraba, gritaba y levantaba el bastón, nunca había sentido por él más que ese afecto ligero y grave á la vez de los padres de comedia y gruñones. Mario se equivocaba. Si hay padres que no amen á sus hijos, no hay abuelos que no adoren á sus nietos.

En el fondo el señor Gillenormand idolatraba á Mario. Le quería á su modo, con acompañamiento de sofiones y hasta de golpes, y cuando su nieto desapareció de la casa sintió indefinible vacío en su corazón, y aunque exigió que no le hablasen de él, se lamentaba en su interior de ser tan fielmente obedecido. Los primeros días esperó que volviese á casa el buonapartista, el jacobino, el terrorista; pero pasaron las semanas, luego los meses y después los años, y con desconsuelo vió el señor Gillenormand que el hijo *del acuchillador* no volvió.—Tuve que echarle de casa, se decía el abuelo, y se preguntaba después:—Si sucediera otra vez lo mismo, ¿volvería á obrar como obré? Su orgullo respondía que sí inmediatamente, pero su encanecida cabeza, que sacudía silenciosamente, le decía que no. Pasaba largas horas de abatimiento. Le faltaba Mario, y los viejos necesitan afectos como necesitan sol, porque los afectos les dan calor. A pesar de su fuerte naturaleza, la ausencia de Mario produjo en él alguna variación. Por nada del mundo hubiera buscado “al picaruelo,, pero padecía. Nunca preguntaba por él, pero no pensaba en otra cosa. Cada vez vivía más retirado en el Marais. Era aun, como en otros tiempos, alegre y violento, pero en su alegría había dureza convulsiva,

como si encerrase dolor y cólera, y sus violencias terminaban siempre con abatimiento sombrío. Decía algunas veces:—Oh! ¡Si volviera, qué bofetón le daría!...

La tía pensaba demasiado para querer mucho; Mario era para ella una especie de contorno negro y vago, y terminó por ocuparse de él menos que del gato ó del loro.

Lo que aumentaba el secreto sufrimiento del señor Gillenormand era que le guardaba íntegro, tratando de que no se lo adivinasen. Su pesadumbre era como uno de esos hornillos de reciente invención, que queman su propio humo.

Sucedía á veces que algún malhadado curioso le hablaba de Mario y le preguntaba:

—¿Qué hace, qué ha sucedido á nuestro nieto?

El vejete, suspirando si estaba triste, ó sacudiéndose los vuelillos si quería aparecer alegre, contestaba:—El señor baron de Pontmercy ejerce de abogado en algun pueblucho.

Mientras sufría el viejo, Mario estaba satisfecho de sí mismo. Como sucede á todos los buenos corazones, la desgracia le hizo perder la amargura. Pensaba sin rencor en el señor Gillenormand, pero había hecho el firme propósito de no recibir nada del hombre *que había sido malo para su padre*. Esta era la traducción mitigada de su primera indignación; por otra parte, se creía dichoso por haber padecido y por padecer aun por su padre. La dureza de su vida le satisfacía y le agradaba. Se decía alegremente que *eso era lo de menos*; que era una expiación, que sin ella hubiera recibido de otro modo, más tarde, el castigo de la indiferencia impía que tuvo por su padre, y por un padre tan excelente; que no era justo que su padre hubiera cargado con todo el sufrimiento y él estuviese libre de sufrir; que sus privaciones y sus trabajos eran insignificantes, comparados con los que sufrió durante su vida heroica el coronel; y en fin, que el único medio de aproximarse y de parecerse al coronel era luchar sin tregua contra la indigencia, como el veterano militar luchó sin tregua contra el enemigo, que esto quiso sin duda expresar el coronel al decirle *que sería digno de él*. Estas palabras las llevaba Mario grabadas en el corazón.

El día en que su abuelo le expulsó de casa, Mario era un niño; pero ahora era ya hombre y como tal debía obrar. La

miseria, repetimos, le sirvió de mucho.

La pobreza en la juventud, cuando acierta á triunfar, produce el magnífico resultado de dirigir toda la voluntad hácia el esfuerzo y toda el alma hácia la aspiración. La pobreza pone de manifiesto la vida material en toda su desnudez y la hace horrible, y de esto nacen sus inexplicables impulsos hácia la vida ideal. El jóven rico dispone de muchas distracciones brillantes y groseras, como las carreras de caballos, la caza, los perros, el tabaco, el juego, los banquetes, etc. etc., ocupaciones que se satisfacen en las regiones bajas del alma á costa de las regiones más altas y delicadas. El jóven pobre gana difícilmente su sôbría manutención, y después que come, no tiene más recurso que divagar y soñar. Asiste gratis á los espectáculos que Dios le ofrece; contempla el cielo, el espacio, los astros, las flores, los niños, la humanidad que sufre, la creación. Contempla tanto á la humanidad, que descubre el alma; contempla tanto la creación, que descubre á Dios. Medita y conoce que es grande; medita más y conoce que es sensible. Del egoísmo del hombre que sufre pasa á la compasión del hombre que reflexiona. Brilla en él admirable sentimiento: el olvido de sí mismo y la piedad para los demás. Al pensar en los innumerables goces que la naturaleza ofrece, dá y prodiga á las almas abiertas y niega á las almas cerradas, llega á compadecer, él, que es millonario de la inteligencia, á los millonarios del dinero; y bórrese todo el odio de su corazón á medida que vá adquiriendo toda la claridad su espíritu. Por otra parte, es desgraciado? No; la pobreza del jóven no es nunca miserable. Cualquiera jóven, por pobre que sea, por su salud, por su fuerza, por su paso ligero, por sus ojos brillantes, por su sangre que circula con ardor, por sus mejillas frescas, por sus labios sonrosados, por sus dientes blancos y por su aliento puro, causará la envidia de cualquier viejo, aunque sea emperador. Todos los días, desde por la mañana, se dedica á ganarse el sustento; su espina dorsal adquiere gallardía, su cerebro adquiere ideas; y cuando concluye el trabajo vuelve á sus éxtasis inefables, á la contemplación, á los goces, y si asienta los pies en la aflicción, en los obstáculos, en los abrojos y á veces en el lodo, levanta la cabeza hácia la luz. Es firme, sereno, grave, benévolo, y bendice á Dios que le dá dos riquezas que no poseen los

ricos: el trabajo que le hace libre y la inteligencia que le hace digno.

Esto le había sucedido á Mario, que se dedicaba asiduamente á la contemplación. Desde el día que pudo ganarse la vida casi con seguridad, se había estacionado encontrando buena la pobreza, descontando algo del trabajo para dárselo al pensamiento; es decir, pasaba horas enteras meditando, sumergido y abstraído como un visionario en las mudas voluptuosidades del éxtasis y de la irradiación interior. Así había planteado el problema de la vida: daba el menor tiempo posible al trabajo material, para dar el mayor tiempo posible al trabajo impalpable; ó en otros términos, dedicaba algunas horas á la vida real y el resto de su tiempo al infinito. No advertía, creyéndose no carecer de nada, que la contemplación comprendida de este modo concluye por ser una de las formas de la pereza; no comprendía que se había satisfecho con dominar las primeras necesidades de la vida y que descansaba demasiado pronto.

Era evidente que, para su naturaleza enérgica y poderosa, este estado tenía que ser transitorio y que despertaría la primera vez que chocase con las inevitables complicaciones del destino.

Entre tanto, á pesar de ser abogado y á pesar de lo que opinaba el señor Gillenormand, no informaba ni defendía pleitos. La meditación le alejaba de la abogacía. Le fatigaba tratar con los procuradores, ir á la Audiencia y buscar causas. Por qué se había de dedicar á esto? No veía un motivo para cambiar su modo de vivir. El comerciante librero le proporcionaba trabajo seguro, trabajo penoso, como acabamos de ver, pero que le bastaba para vivir.

Uno de los librereros para quienes trabajaba le propuso emplearle en su casa, hospedarlo bien en ella, darle trabajo bastante y asignarle mil quinientos francos cada año; pero á Mario, aunque le halagaban los mil quinientos francos, le repugnaba estar asalariado, renunciar á su libertad y ser una especie de literato hortera. Mario creía que aceptar esta nueva posición era estar mejor y peor al mismo tiempo; ganaba en bienestar y perdía en dignidad, y no quiso aceptarla.

Mario vivía solitario. Por la afición que tenía á permanecer extraño á todo y por haberse quizás asustado, no quiso formar parte del grupo que presidía Enjolras. Quedaron amigos, estaban dispuestos á ayudarse mutuamente cuando se

presentase la ocasion y de todos modos, pero nada más. Mario solo tenia dos verdaderos amigos, el joven Courfeyrac y el viejo Babeuf; pero preferia al anciano, porque le debia la revolucion que en su interior se habia verificado y porque habia conocido y profesado afecto á su padre. *Me ha hecho la operacion de la catarata*, decia de éste. Ciertamente el conocimiento del mayordomo fué decisivo para él. Esto no obstante, el señor Babeuf solo fué en aquella ocasion el agente tranquilo é impasible de la Providencia; iluminó á Mario inconscientemente y por casualidad, como ilumina una vela que lleva cualquiera; él fué la vela, no él cualquiera.

En cuanto á la revolucion política interior de Mario, el señor Babeuf era incapaz de comprenderla, de desealarla y de dirigirla.

Como más adelante nos hemos de encontrar con el señor Babeuf, no estará de sobra que digamos algo sobre él.

IV.

El señor Babeuf.

El día en que Babeuf dijo á Mario: *Ciertamente yo apruebo las opiniones políticas*, expresaba el verdadero estado de su espíritu. Todas las opiniones le eran indiferentes y las aprobaba sin distincion con tal de que le dejasen tranquilo. La opinion política del señor Babeuf consistia en amar apasionadamente á las plantas y sobre todo á los libros. Tenia, como todo el mundo, su terminacion en *ista*, sin la que nadie hubiera podido vivir en aquella época; pero no era realista, bonapartista, legitimista, orleanista ni anarquista; era *librista*. No comprendia que los hombres tuviesen por ocupacion odiarse por frivolidades, como la Carta, la democracia, la legitimidad, la monarquía, la república, etc., habiendo en el mundo tantas clases de musgo, de yerbas y de arbustos que poder estudiar y tantos montones de libros en infolio y en todos tamaños que hojear. Se cuidaba mucho de no ser inútil: tener libros no le impedía leer y el ser botánico no le impedía ser jardinero. Al conocer á Pontmercy simpatizó con él, porque lo que el coronel hacia por las flores él lo hacia por las frutas. El señor Babeuf llegó á conseguir peras de semilla tan sabrosas como las de San German: de una de estas combinaciones ha nacido, segun parece, el mira-

bel de Octubre, tan célebre hoy y que es tan oloroso como el mirabel de verano. Iba á misa, más por bondad que por devocion, y como le complacia ver á los hombres y odiaba el ruido que movian, solo podia encontrarlos reunidos y silenciosos en la iglesia. Conociendo que todos deben ser algo en el Estado, habia escogido la carrera de mayordomo de fábrica. No consiguió nunca querer tanto á una mujer como á una cebolla de tulipan, ni á ningun hombre tanto como á un ejemplar del Ezelvir. Habia ya cumplido sesenta años cuando le hicieron esta pregunta:—No fuisteis casado?—Me olvidé de casarme—contestó. Cuando le ocurría alguna vez decir:—¡Oh, si fuese rico!—no lo decia nunca al fijar los lentes en alguna joven preciosa, como el señor Gillenormand, sino contemplando algun libro antiguo. Vivía solo con una ama de gobierno anciana. Padecía el señor Babeuf de gota en las manos, y cuando dormía, sus dedos, entorpecidos por el reumatismo, se agarrotaban entre los pliegues de las sábanas. Habia publicado una *Flora de las cercanías de Caunterets*, con láminas iluminadas, obra bastante apreciable, cuyas planchas poseía, y la vendía él mismo. Dos ó tres veces cada día llamaban en su casa con ese objeto y sacaba de ella dos mil francos al año, en lo que consistía casi toda su fortuna. Aunque era pobre, tuvo habilidad para reunir, á fuerza de paciencia, de privaciones y de tiempo, una preciosa coleccion de ejemplares raros de todos los géneros. Nunca salía de casa sin llevar un libro bajo el brazo, y casi siempre volvía á ella llevando dos. No tenian más adorno las cuatro habitaciones del piso bajo, que con un pequeño jardin constituian su casa, que unos herbarios colocados en cuadros, grabados por artistas antiguos. Ver un sable ó un fusil le helaba la sangre, y en su vida se habia aproximado á ningun cañon, ni al de los Inválidos. Digería regularmente, tenia un hermano cura, el cabello enteramente cano, no le quedaban dientes, estaba temblon, su acento era picardo, su risa infantil y era accesible al miedo. No tenia otros lazos amistosos ni más trato con los vivos que los que le unian á un viejo librero de la puerta de Santiago, que se llamaba Royol. Hacia muchos años que su sueño dorado era aclimatar el añil en Francia.

Su criada era tambien una variedad de la inocencia. Era vieja, pobre y virgen. El gato Sultan, que hubiera podi-

do maullar el *Miserere* de Allegri en la Capilla Sixtina, llenaba por completo su corazon y bastaba á la cantidad de pasion que poseía. Ninguno de sus pensamientos llegó hasta los hombres; no pudieron ir más allá de su gato, que tenia bigotes como aquellos. Toda su gloria la tenia fijada en sus papalinas bien planchadas. Los domingos, despues de oír misa, los empleaba en contar en su baul la ropa blanca y en extender sobre la cama cortes de vestidos que se compraba y que nunca se hacia. Sabia leer, y el señor Babeuf la llamaba *la tia Plutarco*.

El señor Babeuf habia simpatizado con Mario, porque siendo Mario joven y afable, templaba su ancianidad sin asustar su timidez. La juventud con afabilidad produce en los viejos el efecto del sol sin viento. Cuando Mario se quedaba saturado de gloria militar, de pólvora de cañon y de las prodigiosas batallas en las que su padre dió y recibió tantos sablazos, se iba á ver al señor Babeuf y éste le hablaba de los héroes bajo el punto de vista de las flores.

Hacia 1830 murió el cura hermano del señor Babeuf, y casi de repente, como cuando llega la noche, se oscureció para éste todo el horizonte. La quiebra de un notario le hizo perder la cantidad de dos mil duros, que era todo lo que poseía de la herencia de su hermano y de su patrimonio. La revolucion de Julio produjo una crisis en el comercio de libros. En tiempos revueltos las *Floras* nose venden, y la suya nadie la compraba, pasándose muchas semanas sin que se presentase en su casa ningun comprador. Algunas veces el señor Babeuf se estremecía al oír sonar la campanilla.

—Señor, le decia tristemente la tia Plutarco; es el aguador.

En resumen, el señor Babeuf tuvo que dejar la casa de la calle de Mezieres, abdicó las funciones de mayordomo de fábrica, renunció á San Sulpicio, vendió una parte, no de sus libros, sino de sus estampas, las que apreciaba menos, y fué á instalarse en una casita del boulevard Montparnasse, donde no vivió más que un trimestre por dos razones: la primera porque el piso y el jardin le costaban trescientos francos, y no se atrevía á pagar de alquiler más de doscientos, y la segunda porque la casita estaba muy cerca del tiro de pistola, y le era insoportable oír pistoletazos á cada momento.

Entonces se estableció cerca de la Salpetriere, en una especie de cabaña de aldea de Austerlitz, donde por cincuenta escudos al año tenia tres cuartos, jardin cerrado por un seto y pozo. Se aprovechó de esta mudanza para vender casi todos los muebles. El día que entró en su nueva morada estuvo muy contento. Clavó él mismo los clavos para colgar los cuadros y los herbarios, cavó en el jardin el resto del día, y por la noche, viendo que la tia Plutarco estaba triste y pensativa, le dió un golpecito en el hombro y la dijo sonriendo:—¡Ya tenemos el añil!

Solo admitia dos visitantes, al librero de la puerta de Santiago y á Mario, en su cabaña de Austerlitz, nombre algo guerrero, que por eso le desagradaba.

Por lo demás, los cerebros absortos en una sábia meditacion ó en una locura, ó, lo que sucede con frecuencia, en las dos cosas á la vez, solo son sensibles con mucha lentitud á las realidades de la vida. Su propio destino lo consideran como cosa lejana para ellos. De estas concentraciones resulta una pasividad que, si fuese racional, se asemejaría á la filosofía. Esta clase de hombres declinan, descienden, se deslizan y hasta se desplomán sin notarlo. Concluyen, es cierto, por despertar, pero tarde. Entre tanto parece que sean extraños á la partida entablada entre su felicidad y su desgracia. Ellos constituyen la puesta y miran la partida con indiferencia. Así es que al través de la oscuridad que se formaba á su alrededor, todas sus esperanzas morían una despues de otra, y á pesar de eso el señor Babeuf permanecía sereno, pueril, pero profundamente. Sus hábitos intelectuales tenian la oscilacion del péndulo; una vez impulsado éste por una ilusion, seguía andando mucho tiempo despues que la ilusion habia desaparecido. El reloj no se para en el momento mismo en que se le acaba la cuerda.

Los placeres del señor Babeuf eran inocentes, poco costosos é inesperados; se los proporcionaba la menor casualidad. Un día la tia Plutarco leía una novela cerca de su señor, y leía en voz alta, creyendo así comprender mejor, porque leer en voz alta es afirmarse en la lectura; leía, pues, enérgicamente, con el libro en la mano, y el señor Babeuf la oía, pero no la escuchaba. Llegó la lectura á un pasaje en el que se trataba de un oficial de dragones y de una joven hermosa.

—“...La beldad se incomodó (1) y el dragon...”

—Budda y el dragon, repitió á media voz el señor Babeuf. Es verdad; habia un dragon que desde el fondo de su caverna arrojaba llamas por la boca y encendia el cielo. Dicho mónstruo, que tenia garras de tigre, habia incendiado ya muchas estrellas, cuando Budda fué á la caverna y convirtió al dragon. Buen libro estais leyendo, tia Plutarco. Es una bonita leyenda.

El señor Babeuf quedó sumido en deliciosa meditacion.

V.

La pobreza es buena vecina de la miseria.

Mario simpatizaba con el anciano cándido, que lentamente iba cayendo en la indigencia y que se apercibía poco á poco, pero sin entristecerse aun. Mario encontraba á Courfeyrac y buscaba al señor Babeuf, pero no con frecuencia, dos ó tres veces cada mes.

El mayor placer de Mario consistía en dar largos paseos, solo, por las alamedas exteriores ó por el Campo de Marte, ó por las calles de árboles menos frecuentadas del jardín del Luxemburgo. A veces pasaba algunas horas contemplando una huerta, los cuadros de lechugas, las gallinas entre el estiércol, ó un caballo dando vueltas á una noria. Los transeuntes le miraban sorprendidos y á algunos les parecia de aspecto sospechoso y de fisonomía siniestra. Mario solo era un jóven pobre que meditaba sin objeto.

En uno de sus paseos descubrió la casucha Gorbeau, y complaciéndole su aislamiento y su bajo precio, se instaló en ella. Allí le conocian por el señor Mario.

Algunos antiguos generales ó compañeros de su padre, cuando le conocieron, le invitaron á que fuese á visitarlos; y Mario así lo hizo, porque aquellas visitas eran otras tantas ocasiones de hablar de su padre; por eso iba alguna vez á casa del conde Pajol, á la del general Bella-vesne, á la del general Frision y á los Inválidos. En dichas casas habia alguna vez música y baile. Mario se ponía el frac nuevo; pero solo iba á las reuniones y á los bailes las noches en que helaba,

(1) Este calambour es intraducible. Dice en francés: *La belle bouda, et le dragon*. Bouda se incomodó, y Boudha, el dios Budda, se pronuncia lo mismo.—(N. del T.)

porque no podia pagar coche y queria llevar las botas brillantes como un espejo.

Algunas veces decia, pero sin amargura:

—Los hombres son de tal manera, que se puede entrar en una reunion lleno de barro con tal de llevar las botas limpias. Se os pregunta para recibiros por una cosa irreprochable; ¿por la conciencia? No; por las botas.

La meditacion desvanece todas las pasiones, escepto las del corazon. La fiebre política de Mario habia ya desaparecido, conspirando á este fin la revolucion de 1830, que le satisfacía y que le calmó. Era el mismo, pero sin cólera; sus opiniones se habian dulcificado: propiamente hablando no tenia ya opiniones, sino simpatías. A qué partido pertenecía? Al de la humanidad, y entre la humanidad escogía á Francia; en la nacion al pueblo, y en el pueblo á la mujer. Esta escitaba principalmente su piedad. Prefería una idea á un hecho, un poeta á un héroe, y admiraba más un libro como el de Job que un triunfo como el de Marengo. Cuando despues de meditar un dia, iba por la noche á dar sus paseos y á través de las ramas de los árboles descubria el espacio sin fondo, los resplandores sin nombre, el abismo, la oscuridad y el misterio, le parecia muy pequeño todo lo humano.

Creía, tal vez con razon, haber llegado á la verdad de la vida y de la filosofía humana, y habia concluido por mirar no más al cielo, que es lo único que puede ver la verdad desde el fondo de su pozo.

Esto no le impedia multiplicar sus planes, las combinaciones, los castillos en el aire y sus proyectos para el porvenir. En su estado fantástico, si el ojo humano hubiera podido mirar en el interior de Mario le hubiera deslumbrado la pureza de su alma. Si fuese dado á nuestros ojos carnales ver en la conciencia de otro, juzgaríamos al hombre con más acierto por lo que sueña que por lo que piensa; porque en el pensamiento hay voluntad y en el sueño no. Ese sueño ó meditacion, cuando es espontáneo, toma y conserva hasta en lo jigantescó é ideal la figura de nuestro espíritu. Salen directa y sinceramente del fondo de nuestra alma esas aspiraciones irreflexivas y desmesuradas hácia los esplendores del destino; en ellas, más que en las ideas compuestas, razonadas y coordinadas, se encuentra el verdadero carácter de cada

hombre. Las quimeras de la imaginacion son los objetos que más se nos parecen. Cada uno, segun su naturaleza, sueña lo desconocido y lo imposible.

Hácia mediados del año 1831, la vieja que servía á Mario le contó que iban á despedir á sus vecinos, á la miserable familia Jondrette.

Mario, que pasaba todo el dia fuera de casa, apenas sabia si tenia vecinos.

—Por qué los despiden? preguntó.

—Porque no pagan el alquiler. Deben dos plazos.

—Y cuánto es?

—Veinte francos, contestó la vieja.

Mario tenia ahorrados en un cajon treinta.

—Tomad, dijo á la vieja, veinticinco francos; pagad por esos pobres, entradles un duro para ellos y no digais que á mí me deben esa cantidad.

VI.

El sustituto.

Hizo la casualidad que el regimiento á que pertenecía Teodulo fuese de guarnicion á Paris, lo que dió margen á que le ocurriese la segunda idea á la señorita Gillenormand. La primera fué que Teodulo vigilase á Mario, y la segunda armar un complot para que Teodulo fuese el sucesor de Mario.

Ideaba esto porque si el abuelo experimentaba la vaga necesidad de ver en casa una fisonomía jóven, que estos rayos de aurora son muchas veces gratos á las ruinas, era útil buscar otro Mario.

—Eso haré, se dijo la solterona, y será una simple errata como las que se ponen en los libros: donde dice Mario debe leerse Teodulo. Un sobrino segundo es casi lo mismo que un nieto, y á falta de un abogado tomará un lancero.

Una mañana que el señor Gillenormand estaba leyendo *La Quotidienne*, entró en el cuarto su hija, y con el acento más suave de su voz, pues se trataba de su favorito, le dijo:

—Padre mio, Teodulo vendrá esta mañana á ofrecer os sus respetos.

—¿Qué Teodulo?

—Vuestro sobrino.

—Ah! dijo el abuelo.

Y siguió leyendo sin volverse á acordar del sobrino. Poco tardó en ponerse de mal humor, lo que le sucedía cada vez que leía. El periódico que le ocupaba, realista, como era de esperar, anunciaba para el dia siguiente, sin ninguna ame-

nidad, uno de los sucesos diarios en el Paris de entonces:—“Que los alumnos de las escuelas de Derecho y de Medicina debian reunirse para deliberar en la plaza del Panteon, á medio dia.”—Se trataba de una de las cuestiones del momento: de la artillería de la Guardia nacional y de un conflicto entre el ministro de la Guerra y la “Milicia ciudadana,” con motivo de los cañones depositados en la plaza del Louvre.

Sobre esto debian deliberar los estudiantes. No era preciso más para que se enfureciera el señor Gillenormand.

Pensó en que Mario era estudiante y en que probablemente iria con los demás “á deliberar,” á medio dia en la plaza del Panteon.

Cuando le estaba molestando este pensamiento entró el teniente Teodulo, vestido de paisano, lo que fué oportuno, y le introdujo discretamente la señorita Gillenormand. El lancero se hizo este razonamiento:—“El viejo druida no lo ha colocado todo á renta vitalicia, y esto vale la pena de que me disfrace de paisano de vez en cuando.”

La señorita Gillenormand dijo á su padre en voz alta:

—Vuestro sobrino Teodulo; y al teniente le murmuró al oido:

—Aprueba todo cuanto digo.

El teniente, poco acostumbrado á encuentros tan venerables, balbuceó con bastante timidez:

—Buenos dias, tío.

Le hizo un saludo mixto, de militar y de paisano.

—Ah! sois vos? Está bien. Sentaos.

En cuanto dijo lo anterior, el vejete se olvidó completamente del lancero.

Sentóse Teodulo y el señor Gillenormand se levantó; púsose á pasear de un lado á otro de la sala, con las manos en los bolsillos, hablando muy alto y atormentando con los dedos irritados los dos relojes que llevaba en los bolsillos del calzon.

—¿A ese monton de mocosos se convoca en la plaza del Panteon? ¿A galopines que ayer mamaban? ¿Si les apretaran la nariz aun les saldría leche!... ¿Esos son los que han de deliberar mañana al medio dia? A dónde vamos á parar? Vamos al abismo. A él nos arrastran los descamisados. ¿Deliberar sobre la artillería ciudadana!... ¿Ir á charlar sobre las pedorretas de la Guardia nacional! Y con quién van á deliberar? Apuesto todo lo que se quiera á que no habrá allí más que gente que persiga la justí-

cia y presidiarios cumplidos. Los republicanos y los presidiarios son como la nariz y el pañuelo. Cornet decía: ¿Adónde quieres que vaya, traidor? Y Fouché le contestaba: Adonde quieras, imbécil. Esos son los republicanos.

—Es verdad, dijo Teodulo.

El señor Gillenormand volvió un poco la cabeza hacía el teniente, le vió y continuó imparable:

—¡Cuando pienso que ese tunante se hizo carbonario!... ¿Por qué abandonaste la casa? Por hacerte republicano. En primer lugar, el pueblo no quiere la República, no la quiere porque tiene juicio, y sabe que ha habido reyes y que los habrá siempre. El pueblo se burla de la República; lo oyes, tonto? ¡Es un horrible capricho de todos los alucinados que se enamoran del padre Duchesne, que ponen buena cara á la guillotina y que cantan romances y tocan la guitarra bajo el balcon de 1793! Merecen que se les escupa por bestias. Todos son lo mismo, sin exceptuar á ninguno. Basta respirar el aire que corre por las calles para ser insensatos. El siglo diez y nueve es un veneno. Cualquiera perdido se deja crecer barba de chivo, se cree un personaje y deja plantados á sus ancianos padres. Es republicano y romántico cometer todas las locuras posibles. Hace un año ser romántico era asistir á la representación del *Hernani*. Y yo pregunto: ¿qué es el *Hernani*? Abominaciones que ni siquiera están escritas en francés. Después ponen cañones en la plaza del Louvre. ¡Estas son las violencias de esta época!

—Teneis razon, tío, dijo Teodulo.

El señor Gillenormand continuó:

—Cañones en la plaza del Museo! Para qué? ¿Queréis ametrallar el Apolo de Belvedere? ¿Para qué queréis cartuchos contra la Venus de Médicis? ¡Los jóvenes de ahora son unos perdidos! ¿Qué gran cosa es su Benjamin Constant! Los que no son malvados son necios. Se empeñan en ser feos; van mal vestidos, tienen miedo á las mujeres, están alrededor de faldas con aspecto de mendigos, que hace reír; se les puede llamar los vergonzantes del amor. Son deformes y se completan siendo estúpidos; repiten los calambours de Tiercelin y de Potier, gastan levitas-sacos, chalecos de palafrenero, camisas gruesas, pantalones de paño burdo, botas de mal becerro, y su lengua se parece á su plumaje. Toda esa gentuza inepta se atreve á tener opiniones políticas; se les debería

prohibir severamente. Fabrican sistemas, refunden la sociedad, asolan la monarquía, echan por tierra todas las leyes, ponen el granero en el sitio de la cueva y á un portero en lugar del rey; trastornan la Europa de arriba á abajo, reedifican el mundo, y es para ellos una fortuna poder mirar socarronamente las piernas de las lavanderas cuando suben á sus carros. ¡El vagabundo Mario ir á vociferar en la plaza pública! ¡A discutir, á tomar medidas! ¡A esto llaman medidas, santo Dios! El desorden se empequeñece y se estupidiza. He visto el caos y ahora veo el lodazal. Que los escolares deliberen sobre la Guardia nacional, no se vé ni en el país de los Ogibbevas ni en el de los Cadodaches. Los salvajes que van desnudos, con la cabezota adornada con un volante de jugar á la pelota y con una maza en la pata, son menos brutos que esos bachilleres! ¡Esos son los que han de raciocinar y deliberar! Esto es el fin del mundo; para esto se necesita una convulsion final y la dá la Francia. Deliberad, pillos! Estas cosas sucederán mientras el público vaya á leer periódicos á las galerías del Odeon, cuya lectura les cuesta un cuarto y el sentido comun, la inteligencia y el corazon. Salen de allí y se separan de la familia. Los periódicos son una peste, todos, hasta *La Bandera blanca*, porque Martainville en el fondo era un jacobino. Ah, pícaro! ¡podrás vanagloriarte de haber hecho desesperar á tu abuelo!

—Eso es evidente, dijo Teodulo.

Aprovechando el instante en que el señor Gillenormand tomaba asiento, el lancero añadió:

—No debiera haber más periódicos que *El Monitor* y el *Anuario militar*.

El señor Gillenormand volvió á tomar la palabra:

—Lo mismo que su Sieyes! que fué un regicida que llegó á ser senador, porque siempre concluyen por esto. ¡El filósofo Sieyes! Siempre hice de las filosofías de semejantes filósofos el mismo caso que de los anteojos del bufon del Tivoli. Ví pasar un día á los senadores por el muelle Malagnais con mantos de terciopelo morado, sembrados de abejas, y con sombreros á lo Enrique IV. Estaban horribles; parecían los monos de la corte del tigre. Ciudadanos, os declaro que vuestro progreso es una locura, vuestra humanidad un delirio, vuestra revolución un crimen, vuestra república un monstruo y que vuestra joven y virgen Francia sale de un lupanar, y os lo sos-

tengo á todos, aunque seais publicistas, economistas y legistas, aunque conozcais mejor la libertad, la igualdad y la fraternidad que la cuchilla de la guillotina. Repito que os lo declaro.

—Pardiez! exclamó el teniente; todo eso que decís es la pura verdad.

El señor Gillenormand interrumpió un gesto empezado, se volvió, miró con fijeza al lancero frunciendo el ceño, y le dijo:

—Sois un imbécil.

LIBRO SEXTO

La conjuncion de dos estrellas.

I.

El apodo: manera de formar nombres de familia.

En aquella época Mario era un gentil mancebo de mediana estatura, de pelo negro y espeso, de frente ancha é inteligente, de aspecto sincero y tranquilo, y se traslucía en su semblante ese no sé qué que denota altivez, reflexion é inocencia á la par. Su perfil, de líneas redondeadas, sin dejar de ser decididas, era de esa suavidad germánica que ha penetrado en la fisonomía francesa por la Alsacia y la Lorena, y tenía la carencia absoluta de ángulos que hacia reconocer fácilmente á los sicambros entre los romanos y que diferencia á la raza leonina de la raza aquilina. Se encontraba en la estacion de vida en la que la imaginacion de los hombres pensadores se compone, casi en iguales proporciones, de reflexion y de sencillez. En una situacion grave tenia lo que se necesita para ser estúpido; daba un paso más y podia ser sublime. Sus modales eran reservados, frios, políticos, pero francos. Su sonrisa atemperaba la severidad de su fisonomía. En momentos dados formaban singular contraste su frente casta y su sonrisa voluptuosa. Tenia los ojos pequeños, pero las miradas penetrantes.

En los días de su mayor miseria observaba que las jóvenes se volvian á mirarle, lo que era causa de que huyese ó se ocultase con la muerte en el alma, porque creía que le miraban por ir pobremente vestido y que se reían de él; pero le miraban porque les gustaba, y habia alguna joven que le soñaba alguna noche.

Su muda desavenencia con las lindas transeuntes le hizo huraño, y como huía de todas no eligió á ninguna. Así vivía de continuo, bestialmente, como decía Courfeyrac.

Courfeyrac solía decirle tambien:

—No aspire á ser venerable y oye un consejo: no leas tantos libros y mira más á las faldas. En ellas siempre se aprende algo bueno. Si no lo haces así, á fuerza de huir y ponerte encarnado te embrutecerás.

Otras veces el referido amigo le encontraba y le decía:

—Buenos días, señor abate.

Cuando Courfeyrac le dirigía alguna de estas chanzas, Mario huía más que antes, durante ocho días, de las mujeres y procuraba no encontrarse con su burlon amigo.

Sin embargo de esto, habia en el mundo dos mujeres de las que Mario no huía y contra las que no tomaba ninguna precaucion; verdad es que se hubiese admirado si le hubiesen dicho que eran mujeres. La vieja barbuda que le barriaba el cuarto, de la que decía Courfeyrac: —Al ver que su criada se deja crecer la barba, Mario se afeitaba la suya.—La otra mujer era una joven que veía con frecuencia, pero sin atreverse á mirarla nunca.

Hacia más de un año que Mario observaba en una desierta calle de árboles del Luxemburgo, que costea el parapeto del Vivero, á un hombre y á una niña, casi siempre sentados juntos en el mismo banco, en el extremo más solitario del paseo por el lado de la calle del Oeste. Siempre que la casualidad llevaba á Mario por allí, y esto le sucedía casi todos los días, encontraba sentada en el banco la misma pareja. El hombre podría tener sesenta años: su aire era triste y sério; era robusto y tenía el aspecto fatigado de los militares retirados. Si ostentara alguna condecoracion, hubiera dicho Mario: Es un oficial veterano. Su persona era simpática, pero inabordable; nunca fijaba la vista en la mirada de los demás. Vestía pantalon azul, leviton azul tambien, sombrero de alas anchas, traje casi nuevo, corbata negra y camisa de cuáker, es decir, de deslumbrante blancura, pero de tela gruesa. Tenía el pelo muy blanco. Mario oyó decir un día á una griseta que pasó por el lado del anciano:

—Qué viejo tan aseado!

La joven á quien acompañaba era una muchacha de trece á catorce años, flaca,